



La Colmena
ISSN: 1405-6313
ISSN: 2448-6302
lacolmena@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

EL LUGAR DE LA NIEVE

José Díaz, Rafael

EL LUGAR DE LA NIEVE

La Colmena, núm. 92, 2016

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446347893019>

Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Rafael José Díaz *
Universidad de La Laguna , España

No he caminado nunca por aquí,
ni un viento como este me salió nunca al encuentro,
aunque de nuevo esté en pie
la amarga resolución de decir casi nada,
una insignificante muesca
en el hueso del alma. Qué indiferente
has sido hasta ahora a todas las incitaciones
de la vida secreta, nada
de lo que te salía al paso
era para ti más que una oportunidad
de volver a escuchar tu canción favorita, como si
lo que la vida te brindara
debiera formar parte de lo consabido;
pero ahora
que se impone una nieve más dura,
una nieve agrietada,
perdida, silenciosa, absorta,
no sabes cómo responderle,
ni siquiera conoces los nombres de esos pájaros
que en las copas raquílicas
alborotan entre una y otra ráfaga.

La Colmena, núm. 92, 2016

Universidad Autónoma del Estado de
México, México

Redalyc: [http://www.redalyc.org/
articulo.oa?id=446347893019](http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446347893019)

CC BY-NC-SA

Quién diría que todo esto
fuera a estallar un día
si ahora yace encadenado a la más oscura
de las horas, la del despojamiento
y la del hielo, la hora hundida en el fondo
de la espiral de la ausencia. Quién
diría que ahora mismo la savia
bulle, bucca recóndita
en las madres dormidas
y que, desde lo más lejano, nos llama
lo que algún día tendremos
estrechado en los brazos
—aunque no sea sino el último aliento
de la última palabra que diremos:
revolotea ya aquí
en la atonadora ventisca
y toma de la nada
su ninguna sustancia.

Te entretuviste distraído
junto a unos matorrales que, pensaste,
se libraban del látigo del viento, ralos
matojos verdinegros hincados en la tierra.
Sentiste desazón. No era el camino
que pensabas tomar cuando saliste.
Era un sendero estrecho
que bordeaba la montaña y te exponía
a la succión, a la roedura.
Había en un recodo
cinco o seis caracoles cuyas conchas,
blanquísimas, estaban medio hundidas en el barro.
No había nada dentro.
Conchas huecas,
ni el más mínimo rastro de otra vida
salvo los excrementos de las cabras.
El viento percutía
un dolor a través de tus oídos.

Cuántas veces, ah, cuántas veces,
sin saberlo, lo escuchaste.
También esta mañana, como si lo soñaras,
tocaba los cristales,
insistente. Pero tú no querías
dejar de soñar con la intemperie.
Desmesura y ardor son los nombres que adopta
lo que no tiene nombre
ni quiere ser soñado.
No es el final aún, pero presentes
que se apaga su voz
cuanto más entre sábanas te envuelves
para escucharla. Solo salva, has pensado,
levantarse, olvidar y salirle al encuentro
para saber si es verdad que en los caminos
todo se ve mejor
y la intemperie te pone
su mano helada sobre los hombros.



Buscando caminos.

Buscando caminos (2014) Acuarela y tinta: Sara Jerónimo-Pascual

Nada, ni cuando creí haberlo hecho,
escribí nunca sobre la nieve.
Comprenderla es difícil.
Y aún más difícil
es encontrar un rincón de nieve sin huellas de pisadas
y, con una rama reseca,
escarbar en ella unas palabras
que el corazón no entienda
porque las lleva dentro desde siempre.
¿Desde siempre? No hay
nunca ni siempre en el adiós
que es escribir con el hueco de lo blanco
unas letras de ausencia,
aunque hablen de amor.
Agáchate y escribe en el lugar de nadie
palabras que el viento de la noche, cómplice,
no se llevará quizás, palabras como huellas
de pisadas de corzo,
que queden por un tiempo, hasta que vuelva a nevar.
Palabras en la nieve
que puedan ser borradas
tan solo por la nieve.

Poco después,
el lugar de la nieve
en que escribí esas palabras
no era acaso ya más que un montículo seco
y acaso con la nieve se habían derretido como
[sombras las palabras,
pero qué importaba eso si el temblor
de la luz que se marchaba de puntillas
entre las montañas dormidas
acariciaba como por última vez las extasiadas
gargantas de los pájaros, para que,
escondidos en los árboles,
cantaran como quien juguetea,
cantaran una líquida estrofa de luz pura
antes de revolotear y perseguirse y perderse.
Yo me detuve bajo los carámbanos
y pensé en que sería un modo extraño
de morir
dejarme atravesar por uno de ellos:
una estaca de hielo en pleno corazón.

Que pese lo mismo que nada,
como la nieve que cae cuando todos dormimos
—y nadie se despierta salvo quien
pesa ya tanto dentro de sí mismo
que cualquier copo es como plomo para sus sueños—,
que pese apenas
este libro que leo,
que las palabras parezcan no pesar
no significa que no caigan
unas sobre otras hasta que se borran
de la faz de —¿de la faz de qué
pueden borrarse unas palabras
si fueron escritas sobre lo incorpóreo,
si no llegaron a decirse
porque no hubo saliva suficiente
o el vaho del aliento las retuvo en su nube?—,
hasta que se borran sobre la faz, no de esta tierra,
sino de la tierra borrada desde siempre
por la nieve que cae y que no pesa
y, sin embargo, retumba
en algún sueño, adentro.

Aunque el viento lo niegue
quedó atrás otro invierno. No, no escindas
lo que recuerdas de lo que te sale al paso,
el fango del camino de la nieve que cruje
ya solo en el recuerdo,
en el hilo que pende de una disolución.
Cruzó entre dos silencios
el pájaro de siempre. Una cabra,
si es que era una cabra,
salió a tu encuentro, se interpuso
entre lo que no podías darle y lo que le ofreciste.
Y un cervatillo que perdía el rastro
del olor de su madre se escondió temeroso en el bosque.
Los animales saben
que otra estación se acerca, que las huellas quedaron
dormidas en la nieve que, al fundirse,
se mezcló con la tierra
en el fango que pisas.

En otra tumba más te has convertido,
no eres ya más que una incisión que dice, en el reverso,
lo tardío de todo, el nudo
o perversión que no revela nada,
cicatriz escondida, una vez más, cicatriz sobre antiguas, borrosas,
incontables cicatrices, incisos
o marcas olvidadas, rasguños
como las picaduras de insectos que sangran en las pieles imberbes,
jardín de eflorescencias, nombre
de lo desvanecido que se dijo en bocas sin aliento,
una tumba eres tú, una tumba que hubiera
preferido apartar de este camino hendido,
nunca sabré pedirles a los ojos que olviden
lo que vieron entonces, las pupilas
que ardían en la luz de tus ojos perdidos en los míos,
¿o era al contrario?, tus ojos
enrojecidos poco antes de que se los llevara el sueño
adonde nunca sabré,
a ese lugar que es ahora otra tumba, silenciosa, en la nieve.

(Raroña, *Alto Valais, invierno de 2013*)



Caminos en la nieve (2014) Litografía: Sara Jerónimo-Pacual

Notas de autor

- * Rafael-José Díaz (Tenerife, 1971) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna. Entre 1995 y 2000 fue lector de español en las universidades de Jena y Leipzig (Alemania). Actualmente es profesor de instituto en Tenerife. Es autor de siete libros de poemas, el último de los cuales, titulado *Un sudario*, apareció en Pre-Textos en 2015. Ha publicado tres entregas de su diario, el libro de ensayos *Rutas y rituales*, el conjunto de relatos *Algunas de mis tumbas*, la novela *El interior del párpado* y una recopilación de textos en prosa titulada *La transmisión. Veinticuatro lugares y una carta*. Igualmente, ha dado a conocer traducciones al español de autores como Arthur Schopenhauer, Philippe Jaccottet, Hermann Broch, Pierre Klossowski o Gustave Roud. En su blog “Travesías” publica desde 2010 relatos, apuntes, aforismos y ensayos.